

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Cristo: el Vencedor del Mundo

NO. 1327

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 3 DE DICIEMBRE, 1876
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

“Pero confiad, yo he vencido al mundo”. Juan 16: 33.

Cuando fueron pronunciadas estas palabras, nuestro Salvador estaba a punto de dejar a Sus discípulos para ir a Su muerte por ellos. Su gran preocupación era que no estuvieran demasiado descorazonados por las aflicciones que se les vendrían encima. Él deseaba preparar sus mentes para las amargas penas que les esperaban mientras los poderes de las tinieblas y los hombres del mundo hacían su voluntad en Él. Observen ahora, amados, que nuestro Señor Jesús, en quien habita la infinita sabiduría, conocía todos los secretos manantiales del alivio y todas las santas fuentes de consolación en el cielo y debajo del cielo, y con todo, con el objeto de consolar a Sus discípulos habló, no de los misterios celestiales ni de los secretos ocultos en el pecho de Dios, sino que habló con respecto a Sí mismo. ¿No nos enseña con esto que no hay mejor bálsamo para el corazón como Él mismo, que no hay consolación de Israel comparable con Su persona y Su obra? Si aun este divino Bernabé, este primogénito Hijo de consolación (Hechos 4: 36) como lo es el propio Señor tiene que apuntar a lo que Él mismo ha hecho pues sólo así puede hacer que Sus seguidores cobren ánimo, entonces cuán sabio es que los ministros prediquen mucho sobre Jesús a manera de estímulo para los afligidos del Señor, y cuán prudente es que quienes lloran pongan la mira en Él para recibir el consuelo que necesitan. “Confiad” –dice- “Yo” –algo acerca de Él mismo- “Yo he vencido al mundo”. Así que, amados, en cualquier tiempo de depresión espiritual acudan presurosos al Señor Jesucristo; siempre que los afanes de esta vida los opriman y que su camino parezca áspero para sus pies cansados, vuelen con presteza a su Señor. Pudiera haber otras fuentes de consuelo, y las hay, pero no serían adecuadas para ustedes en todo momento; pero en Él habita tal plenitud de consuelo que, ya sea en verano o en invierno, siempre están fluyendo los torrentes de alivio. En su prosperidad o en su penuria, y sin importar el origen de su problema, pueden recurrir a

Él de inmediato y verán que fortalece las manos cansadas y afirma las rodillas endebles.

Me viene a la mente este comentario adicional: por el tono que asumió el Señor Jesús, tiene que ser algo más que hombre. Hay ciertas personas que niegan la deidad de nuestro Señor y sin embargo tienen una buena opinión de Jesús como hombre; han expresado, ciertamente, muchas cosas altamente elogiosas respecto a Su carácter; pero yo me pregunto por qué no les sorprende que haya mucha arrogancia, presunción, orgullo, egoísmo, y todo ese tipo de vilezas en este hombre, si sólo fuera un hombre. Pues qué hombre bueno a quien desearían imitar diría a otros: “Confíad, yo he vencido al mundo”. Esto es demasiado, definitivamente, para que un simple hombre lo diga. El Señor Jesucristo hablaba frecuentemente acerca de Sí mismo y acerca de lo que había hecho, y se encomiaba ante Sus discípulos como no habría podido hacerlo nunca nadie que fuera simplemente un hombre de una mente humilde. El Señor era, en verdad, manso y humilde de corazón, pero nadie con ese carácter se lo habría dicho a los demás. Hay una inconsistencia aquí que nadie podría explicar sino quienes creen que Él es el Hijo de Dios. Si se entiende que es divino, si se le ubica en Su verdadera posición como hablando a Sus discípulos desde la excelencia de Su deidad, entonces se puede comprender que hable de esa manera, sí, y se vuelve algo infinitamente decoroso y hermoso. Si se negara Su deidad, yo soy uno que sería muy incapaz de entender cómo pudieron haber salido jamás de Sus labios las palabras que estamos considerando y otras semejantes, pues nadie se atrevería a decir que era jactancioso. Bendito seas, oh Hijo del hombre, pues eres también Hijo de Dios, y por tanto no sólo nos hablas con la comprensiva ternura de un hermano humano, sino con la majestuosa autoridad del Unigénito del Padre. Divinamente condescendientes son tus palabras: “Yo he vencido al mundo”.

Si miran este alegato de Jesús sin el ojo de la fe, ¿no parecería algo extraordinario? ¿Cómo podía decir el varón traicionado de Nazaret: “Yo he vencido al mundo”? Podemos imaginar a Napoleón hablando así después de haber aplastado a las naciones bajos sus pies y haber cambiado el mapa de Europa a voluntad. Podemos imaginar a Alejandro hablando así después de haber saqueado los palacios de Persia y de llevar cautivos a sus antiguos monarcas. Pero ¿quién es éste que habla de esta manera? ¡Es un galileo que viste una túnica de campesino y que se relaciona con los pobres y los caídos! No tiene ni riquezas ni rango en el mundo ni honor entre los hombres, y, sin embargo, dice que ha vencido al mundo. Está a punto de ser

entregado en manos de Sus enemigos por su propio vil seguidor, y luego será llevado a juicio y a la muerte, y con todo dice: “Yo he vencido al mundo”. Está poniendo un ojo en Su cruz con toda su vergüenza y también en Su muerte subsiguiente, y sin embargo dice: “Yo he vencido al mundo”. No tenía donde recostar Su cabeza, no tenía a ningún discípulo que diera la cara por Él pues acababa de decir: “Seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo”; iba a ser acusado de blasfemia y sedición, y sería llevado delante del juez, y no tenía a nadie que contara Su generación; iba a ser entregado a la brutal soldadesca para ser escarnecido y tratado despreciativamente y escupido; Sus manos y Sus pies iban a ser clavados a una cruz para que tuviera la muerte de un criminal, y con todo dice: “Yo he vencido al mundo”. ¡Cuán maravilloso y sin embargo cuán cierto es! Él no hablaba a la manera de la carne ni según la visión del ojo. Tenemos que usar aquí la óptica de la fe y mirar dentro del velo, y, entonces veremos, no solamente la despreciada persona física del Hijo del hombre, sino el alma que moraba en su interior, noble e invencible, que transformó a la vergüenza en honor y a la muerte en gloria. Que Dios el Espíritu Santo nos capacite para ver lo interior a través de lo exterior y ver cuán maravillosamente la ignominiosa muerte fue el áspero vestido que ocultó la victoria sin par a los ojos miopes del hombre carnal.

Los dos últimos domingos he hablado de nuestro Señor Jesucristo: primero, como el fin de la ley; y después, como el vencedor de la antigua serpiente; ahora vamos a hablar de Él como *el vencedor del mundo*. Dirigiéndose a Sus discípulos les dijo: “Confiad, yo he vencido al mundo”.

Ahora, ¿cuál es este mundo del que habla? Y ¿cómo lo ha vencido? Y ¿qué confianza hay en ese hecho para nosotros?

I. ¿CUÁL ES ESTE MUNDO AL QUE HACE REFERENCIA? Casi no conozco otra palabra que sea usada con tantos sentidos como esta palabra “mundo”. Si buscan en sus Biblias encontrarán que la palabra “mundo” se usa con significados ampliamente diferentes, pues hay un mundo que Cristo hizo, “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho”, esto es, el mundo físico. Hay un mundo que Dios amó de tal manera que dio a Su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree, no se pierda. Hay diversas formas de este significado favorable. Luego hay un mundo, el mundo que se describe aquí, el mundo entero que “está bajo el maligno”, un mundo que no conoce a Cristo pero que está perennemente opuesto a Él: un mundo por el cual Él dice que no ora, y un mundo que no

quiere que amemos: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo”. Sin adentrarnos en estos diversos significados y matices de significado que son muy abundantes, digamos simplemente que casi no sabemos cómo definir lo que aquí se quiere describir en un cierto número de palabras, aunque sabemos muy bien cuál es el significado. La Escritura no nos da definiciones sino que usa el lenguaje en una manera popular puesto que le habla a la gente común. “El mundo” es en gran medida el equivalente a la “simiente de la serpiente”, tema del cual hablamos el domingo pasado. El mundo quiere decir aquí la representación visible de ese espíritu del mal que estaba en la serpiente y que obra ahora en los hijos de desobediencia; es la forma humana de la misma fuerza maléfica con la que nuestro Señor contendió cuando venció al demonio; quiere decir el poder del mal en la masa no regenerada de la humanidad, la energía y el poder del pecado que mora en esa porción del mundo que permanece en la muerte y que está bajo el maligno. El demonio es el dios de este mundo y el príncipe de este mundo, y por tanto, aquel que es amigo de este mundo es enemigo de Dios. El mundo es lo opuesto de la iglesia. Hay una iglesia que Cristo ha redimido y ha elegido del mundo y ha apartado para Sí de entre los hombres y de quienes son renovados por el poder de la gracia divina dice: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”, y también dice: “Porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece”. Ahora, la parte de la humanidad que no está incluida dentro de los elegidos, de los redimidos, de los llamados, de los salvados, es llamada ‘el mundo’. De ellos dice nuestro Señor: “Padre justo, el mundo no te ha conocido”; y Juan dice: “El mundo no nos conoce, porque no le conoció a él”. Este es el poder que exhibe una enemistad mortal contra Cristo y contra Sus elegidos; por esto es llamado: “el presente siglo malo”, mientras que del reino de la gracia se dice: “el siglo venidero”. Este es el mundo del cual se dice: “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”.

Ustedes verán que “el mundo” incluye a los propios impíos así como también a la fuerza del mal en ellos, pero los identifica, no como criaturas y ni siquiera como hombres que han pecado, sino como seres no regenerados, carnales y rebeldes, y por tanto, como personificaciones vivientes de un poder maligno que obra en contra de Dios; y así leemos acerca del “mundo de los impíos”.

Tal vez debería agregar que de la existencia de los inconversos y de la prevalencia del pecado en ellos han surgido ciertas costumbres, modas, máximas, reglas, modos, maneras y fuerzas, y todas esas cosas pasan a constituir lo que se llama: “el mundo”, y hay ciertos

principios, deseos, concupiscencias, gobiernos y poderes que también conforman una parte del mal que es llamado “el mundo”. Jesús dice: “Mi reino no es de este mundo”. Santiago habla de la necesidad que hay de “guardarse sin mancha del mundo”. Juan dice: “el mundo pasa, y sus deseos”; y Pablo dice: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos”.

Además, puedo decir que la presente constitución y el arreglo de todas las cosas en esta condición caída pueden ser incluidos en el término “mundo”, pues todo está sujeto a la vanidad en razón del pecado, y las cosas no son hoy acordes con plan original del Altísimo pues fueron diseñadas para el hombre en su inocencia. He aquí hay tribulaciones y problemas que brotan de nuestra propia existencia en esta vida de la cual se dice: “en el mundo tendréis aflicción”. A muchos hijos de Dios les han sobrevenido hambre, enfermedad, sufrimiento, asperezas y varias formas de mal que no pertenecen al mundo venidero ni al reino que Cristo ha establecido, pero que les sobrevienen porque están en este presente siglo malo que se ha vuelto así porque la raza humana ha caído bajo la maldición y la consecuencia del pecado.

Ahora el mundo consiste en todos esos elementos tomados en su conjunto, esta gran conglomeración de ruina entre los hombres, este mal que mora por aquí y por allá y por todas partes adonde los hombres han sido esparcidos. Eso es lo que llamamos mundo. Cada uno de nosotros sabe lo que es pero nos resulta difícil explicarlo a los demás, y tal vez mientras lo explico estoy más bien confundiendo que orientando. Ustedes saben precisamente qué es el mundo para algunos de ustedes: no es más que su propia familia pequeña, como forma externa, pero es mucho más en cuanto a influencia. Su mundo real podría estar confinado a su propia casa, pero los mismos principios que entran en el círculo doméstico invaden reinos y estados. Para otros el mundo tiene una amplia extensión ya que necesariamente se encuentran con hombres impíos en los negocios, y tienen que hacerlo a menos que salgan completamente fuera del mundo, lo cual no es parte del plan de nuestro Señor, pues Él dice: “no ruego que los quites del mundo”. Para algunos que miran a la masa entera de la humanidad y que son llamados a considerar cuidadosamente a todos porque tienen que ser mensajeros de Dios para ellos, las tendencias y las inclinaciones de la mente humana hacia lo que es malo, y el espíritu de las acciones de los hombres realizadas en contra de Dios en todas las naciones y épocas, todas estas cosas entran a formar parte del “mundo” para ellos. Pero, sea como sea, es algo de lo que seguramente provendrá la tribulación

para nosotros, según nos dice Cristo. Pudiera venir en la forma de una tribulación temporal, de alguna forma u otra; pudiera venir en la forma de una tentación que se posará sobre nosotros proveniente de nuestros semejantes; pudiera venir en la forma de persecución, en mayor o menor medida, según nuestra posición; pero vendrá. “En el mundo tendréis aflicción”. Somos forasteros en un país enemigo y la gente de la tierra en la que permanecemos no es amiga nuestra y no nos ayudará en nuestro peregrinaje al cielo. Todos los seres humanos espirituales en el mundo son amigos nuestros, pero por otra parte, al igual que nosotros, están en el mundo pero no son del mundo. Del reino de este mundo del que Satanás es señor tenemos que esperar una fiera oposición contra la que tenemos que contender hasta llegar a la victoria si hemos de entrar en el reposo eterno.

II. Ahora, en segundo lugar, esto me lleva al más interesante tópico de CÓMO CRISTO HA VENCIDO AL MUNDO. Y respondemos, primero, que lo hizo *en Su vida*; luego *en Su muerte*; y luego *en Su resurrección y en Su reinado*.

Primero, Cristo *venció al mundo en Su vida*. Este es un maravilloso estudio: la victoria sobre el mundo en la vida de Cristo. Yo pienso que esos treinta primeros años de los cuales sabemos tan poco, constituyeron una maravillosa preparación para Su conflicto con el mundo, y que aunque estando nada más en el taller de carpintería, y siendo oscuro y desconocido para el gran mundo exterior, de hecho no se estaba preparando simplemente para la batalla, sino que ya desde entonces estaba comenzando a vencerlo. En la paciencia que le hizo esperar el tiempo oportuno vemos la alborada de la victoria. Cuando estamos empeñados en hacer el bien y vemos que el mal y el pecado triunfan por doquier, estamos ansiosos por comenzar; pero supongan que no fuera la voluntad del grandioso Padre que nos involucráramos de inmediato en la reyerta, entonces cuán fuertemente nos tentaría el mundo a pasar al frente antes de nuestro tiempo. Una transgresión de la disciplina puede ser causada por un exceso de celo, y esto quebranta la ley de la obediencia tanto como lo harían la indolencia o la pereza. Se consideraba que el soldado romano era culpable cuando, habiéndosele dado órdenes al ejército de que nadie diera un golpe en ausencia del líder, pasaba al frente y mataba a un francés; si bien era un acto de valor, iba en contra de la disciplina militar y habría podido tener funestos resultados, y por eso era condenado. Lo mismo nos sucede algunas veces; antes de que estemos listos, antes de que hayamos recibido nuestra comisión, tenemos prisa por pasar al frente y matar al enemigo. Esta tentación debe de haberle venido del mundo a Cristo: muchas veces al oír lo

que estaba sucediendo en el reino del error y de la hipocresía, de no haber sido porque Él era incapaz de tener deseos indebidos, Sus benevolentes impulsos hubieran podido sugerirle que se levantara y actuara. Sin duda estaba dispuesto a sanar a los enfermos. ¿Acaso no estaba llena la tierra de seres sufrientes? De buena gana hubiera salvado almas: ¿acaso no estaban descendiendo por miles al abismo? De buena gana hubiera refutado el error pues la falsedad estaba realizando una labor mortal, pero aún no había llegado Su hora. Sin embargo, nuestro Señor y Maestro no tenía nada que decir hasta que Su Padre le ordenara hablar. Sabemos que sentía un fuerte impulso de trabajar pues cuando subió al templo dijo: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar? Esa pregunta revelaba el fuego que ardía en el interior de Su alma, y sin embargo, no predicaba ni sanaba, ni disputaba, antes bien permaneció aún en la oscuridad todos esos treinta años porque Dios así lo quería. Cuando Dios quiere que estemos callados estamos cumpliendo mejor Su voluntad si estamos callados, pero con todo, quedarse quieto y tranquilo durante tanto tiempo fue un ejemplo maravilloso de cómo todo lo que le rodeaba no podía dominarlo, ni siquiera cuando parecía obrar al parejo con Su filantropía; permaneció siendo obediente a Dios, y así demostró ser el vencedor del mundo.

Cuando aparece en la escena de la acción pública ustedes saben cómo vence al mundo de muchas maneras. Primero, *permaneciendo siempre fiel a Su testimonio*. Nunca lo modificó ni cambió una sola palabra para agradar a los hijos de los hombres. Desde el primer día en que comenzó a predicar hasta la última frase que dijo expuso toda la verdad y sólo la verdad, la verdad sin la coloración del sentimiento prevaleciente y sin la contaminación del error popular. No disfrazó Su doctrina –a la manera de los jesuitas- dándole una forma especial para que los hombres difícilmente supieran que era el preciso error en el que habían sido educados, sino que hablaba claramente y se oponía a todos los poderes que gobernaban el pensamiento y el credo de la época. Él no escoltaba a la verdad. Permitía que la verdad peleara sus propias batallas a su manera, y ustedes saben cómo ella descubre su pecho ante los dardos de sus antagonistas y cómo encuentra su escudo y su lanza en su propia vida inmutable, inmortal e invulnerable. Su lenguaje era confiado, pues Él sabía que la verdad vencería a la larga, y por tanto exponía Su doctrina sin respeto a la época o a sus prejuicios. No creo que puedan decir eso del ministerio de alguien más, ni siquiera del mejor y del más valeroso de Sus siervos. Podemos ver, mirando a Lutero, al grande y glorioso Lutero, cómo el romanismo más o menos matizaba todo lo que hacía; y la oscuridad de la época arrojaba alguna penumbra

incluso sobre el alma serena y firme de Calvino; de cada uno de los reformadores tenemos que decir lo mismo: por relucientes que fueran todas esas estrellas, no se mantuvieron sin ser manchados por la esfera en la que brillaron. Todo hombre es afectado más o menos por su época y cuando leemos la historia estamos obligados a hacer continuas concesiones, pues todos nosotros admitimos que no sería justo juzgar a los hombres de épocas anteriores con la norma del siglo diecinueve. Pero, señores, ustedes pueden examinar a Cristo Jesús, si quieren, bajo la luz del siglo diecinueve, si es que ésa fuera luz; pueden juzgarle según la norma de cualquier siglo, sí, pueden juzgarlo con la brillante luz del trono de Dios: Su enseñanza es la verdad pura sin ninguna mezcla y pasará la prueba del tiempo y de la eternidad. Su enseñanza no fue afectada por el hecho de haber sido judío, ni por la prevalencia de la tradición rabínica, ni por el auge de la filosofía griega, ni por ninguna otra de las peculiares influencias que entonces prevalecían. Su enseñanza estaba en el mundo, pero no era del mundo, ni estaba contaminada por él. Era la verdad tal como la había recibido del Padre, y el mundo no podía obligarle a añadirle algo, o a sustraerle algo, o a cambiarle algo en el más mínimo grado, y por eso, en ese sentido, Él venció al mundo.

A continuación obsérvenlo en *la profunda calma que invadía Su espíritu cuando recibía la aprobación de los hombres*. Nuestro Señor era popular en un grado muy elevado en ciertos momentos. ¡Cómo se congregaba la gente en torno Suyo cuando Sus benevolentes manos esparcían la salud por todos lados! ¡Cómo le aprobaban cuando los alimentaba! Pero cuán claramente vio el fondo de esa aprobación egoísta, y dijo: “Me buscáis porque comisteis el pan y os saciasteis”. Nunca perdió el dominio propio; nunca se le ve eufórico por las multitudes que le seguían. No hay ninguna expresión que haya usado jamás que contuviera ni siquiera una sospecha de autoglorificación. En medio de los hosannas Su mente está reposando tranquilamente en Dios. Dejaba las aclamaciones y los aplausos para cobrar fuerzas en la oración que hacía sobre los fríos montes en el aire de medianoche. Practicaba la comunión con Dios, y por tanto vivía por encima de las alabanzas de los hombres. Caminaba en medio de ellos, santo, incólume, inmaculado y separado de los pecadores, aun cuando hubieran querido tomarle por la fuerza para hacerle rey. Una vez cabalga en triunfo, como pudiera haberlo hecho a menudo si así lo hubiese querido, pero fue entonces en un estilo tan humilde que Su pompa era muy diferente a la pompa de los reyes; era una manifestación de humildad más bien que un despliegue de majestad. Cabalga en medio de los espontáneos hosannas de los pequeñitos y de las

personas que Él había bendecido, cabalga, pero ustedes pueden ver que no se entrega a ninguno de los pensamientos de un conquistador mundano, a ninguna de las altivas ideas del guerrero que regresa de la batalla teñido en sangre. No, Él es todavía tan manso y tan tierno y tan amable como siempre lo fue, y Su triunfo no tiene ni una pizca de autoexaltación. Había vencido al mundo. ¿Qué podía darle el mundo, hermanos? Con una naturaleza imperial como la Suya en la que la humanidad sostenía una comunión tan íntima con la Deidad que es imposible de imaginar, ¿qué había aquí abajo que pudiera provocar orgullo en Él? Si la trompeta de la fama hubiera dado su nota más excelsa, ¿qué habría podido ser comparada con los cantos de los querubines y serafines a los que Su oído había estado acostumbrado a lo largo de todas las edades? No, aliada con Su deidad, Su humanidad estaba muy por encima de todas las artes de la adulación y de todos los honores que la humanidad pudiera ofrecerle. Él venció al mundo.

Siguió siendo el mismo cuando el mundo probó un plan alternativo con Él. *Le frunció el entrecejo pero Él seguía estando tranquilo.* Acababa apenas de comenzar a predicar y ya querían despeñarle desde la cumbre del monte. ¿No esperas que cuando lo llevan apresuradamente para lanzarlo al precipicio se vuelva contra ellos y que al menos los denuncie con ardientes palabras como las que solía decir Elías? Pero no, no dice ni una sola palabra de enojo; pasa por en medio de ellos y se va. En la sinagoga con frecuencia crujían contra Él sus dientes llenos de malicia, pero si alguna vez fue movido a la indignación no fue por alguna cosa dirigida en contra Suya; siempre lo soportó todo, y casi nunca dijo una palabra a manera de réplica para los ataques meramente personales. Si apilaban calumnias en Su contra Él seguía adelante tan tranquilamente como si no le hubiesen ultrajado ni hubiesen deseado matarle. Cuando es conducido delante de los jueces vemos qué diferencia hay entre el Señor y Su siervo Pablo. Le golpean pero Él no dice como Pablo: “¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!”; no, sino que como una oveja delante de sus trasquiladores, enmudece, y no abre Su boca. Si hubieran podido hacerle enojar, le habrían vencido; pero Él seguía amando; era amable, tranquilo, paciente, sin importar cuánto le provocaran. Señálenme alguna palabra de impaciencia; no hay ni siquiera una tradición de una mirada airada que fuera motivada por alguna ofensa que le hubieran infligido. No podían apartarlo de Sus propósitos de amor, ni tampoco podían hacerle decir algo o hacer algo que fuese contrario al amor perfecto. No manda que descienda fuego del cielo: no ordena que salgan osas del bosque para devorar a los que se han burlado de Él. No, Él puede decir: “Yo he vencido al

mundo”, pues ya sea que le sonría o que le frunza el ceño, en la perfecta paz y quietud de Su espíritu, en la deliciosa calma de la comunión con Dios, el Varón de dolores continúa venciendo en Su camino.

Su victoria se verá en otra forma. Él venció al mundo en cuanto a *la abnegación de Sus propósitos*. Cuando los hombres se encuentran en un mundo como éste generalmente dicen: “¿cuál es nuestro mercado? ¿Cómo podemos sacarle provecho? Así es como son entrenados desde la niñez. “Muchacho, tienes que abrirte paso por ti mismo, concéntrate en poner la mira en tus propios intereses y en progresar en el mundo”. El libro que se le recomienda al joven le muestra cómo hacer el mejor uso de todas las cosas para su beneficio; tiene que cuidar al “número uno” y considerar la mejor oportunidad. Al muchacho le dicen sus sabios instructores: “tienes que velar por ti mismo o nadie velará por ti; y sin importar qué pudieras hacer por otros, tienes que estar doblemente seguro de proteger tus propios intereses”. Esa es la prudencia del mundo, la esencia de todas sus políticas, la base de su economía política: cada individuo y cada nación deben cuidarse a sí mismos; si desearan algún otro tipo de política o de economía serían considerados unos teóricos insensatos y probablemente un poco tocados de la cabeza. El ego es el hombre, la ley de autopreservación del mundo es la regla soberana y nada puede salir correctamente si interfiere con el evangelio del egoísmo; eso es lo que nos aseguran los Salomones comerciales y políticos. Ahora bien, si miran al Señor Jesucristo cuando estaba en el mundo, no aprenderían nada de tales principios, excepto su condenación: el mundo no pudo vencerle tratando de conducirlo a un modo de acción egoísta. ¿Entró alguna vez en Su alma, siquiera por un momento, la pregunta de qué podía hacer por Él mismo? Había riquezas, pero Él no tenía dónde recostar Su cabeza. Él había encomendado la pequeña provisión al cuidado de Judas, y en tanto que hubiesen pobres en la tierra tenían la certeza de participar de lo que había en la bolsa. Él le daba tan poca importancia a la propiedad, y a las provisiones, y a los fondos que ninguno de Sus cuatro biógrafos hace alguna mención de tales cosas. Él se había levantado entera y completamente por encima del mundo en ese sentido, pues fuera cual fuera el mal con que los más despreciables infieles acusaron alguna vez a nuestro Señor, hasta donde yo sé, nunca lo acusaron de avaricia, o de ambición o de egoísmo de cualquier forma. Él había vencido al mundo.

El Maestro también venció al mundo en que *no se rebajó a usar su poder*. Él no usó esa forma de poder que es típica del mundo aun

para propósitos altruistas. Puedo concebir que un hombre, aun aparte del Espíritu de Dios, deje atrás las riquezas y desee únicamente la promoción de algún gran principio que se ha apoderado de su corazón; pero usualmente notarán que cuando los hombres han hecho eso, han estado dispuestos a promover el bien por medio del mal, o al menos han juzgado que los grandes principios podían ser fomentados por la fuerza de las armas, o por sobornos, o por la política. Mahoma había entendido una gran verdad cuando dijo: “No hay Dios sino Dios”. La unidad de la deidad es una verdad de un supremo valor; pero por otra parte he aquí el medio a ser usado para la propagación de esa gran verdad: la cimitarra. ¡Corten las cabezas de los infieles! Si tienen falsos dioses o no reconocen la unidad de la deidad, no merecen vivir”. ¿Pueden imaginar al Señor Jesucristo haciendo eso? Vamos, entonces el mundo le habría vencido. Pero Él venció al mundo en el sentido de que no iba a emplear en el más mínimo grado esta forma de poder. Él hubiera podido reunir una tropa junto a Sí, y Su heroico ejemplo conjuntamente con Su milagroso poder pronto habrían arrasado con el imperio romano y habrían convertido a los judíos; y luego a través de Europa y Asia y África Sus victoriosas legiones habrían ido pisoteando toda manera de mal, y con la cruz por pendón y la espada por arma, los ídolos habrían caído y el mundo entero habría sido llevado a postrarse a Sus pies. Pero no, cuando Pedro desenvaina la espada Él le dice: “Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán”. Bien dijo: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían”.

Y si así lo hubiese querido Él habría podido aliar a Su iglesia con el estado, tal como lo han hecho en estos degenerados tiempos Sus equivocados amigos, y entonces habrían podido existir leyes penales contra quienes se atrevieran a disentir, y habrían habido forzadas contribuciones para el apoyo de Su iglesia y cosas semejantes. Me atrevo a decir que ustedes han leído que se hacen tales cosas, pero no en los Evangelios ni en los Hechos de los Apóstoles. Quienes olvidan al Cristo de Dios son los que hacen estas cosas pues Él no usa ningún instrumento sino el amor, ninguna espada sino la verdad, ningún poder sino el Eterno Espíritu, y, en el propio hecho de hacer a un lado a todas las fuerzas mundanas, venció al mundo.

Así también, hermanos, venció al mundo *por Su valentía frente a la élite del mundo*, pues muchos varones que han desafiado el enojo de la multitud no pueden soportar la críticas de los pocos seres que piensan que han monopolizado toda la sabiduría. Pero Cristo se

enfrenta al fariseo y no le rinde honor a su filacteria; confronta al saduceo y no cede ante su imperturbable filosofía ni oculta las dificultades de la fe para escapar a su escarnio; y desafía también al herodiano, quien es el político mundano, y le da una réplica que no tiene respuesta. Él es el mismo delante de todos ellos, es el amo en todas las posiciones, y vence a la sabiduría y a la supuesta inteligencia del mundo con Su propio testimonio sencillo de la verdad.

Y más que nada venció al mundo en Su vida *por la constancia de Su amor*. Él amó a los más indignos de ser amados, amó a los que le odiaban, amó a los que le despreciaban. Ustedes y yo dejamos de amar cuando recibimos un tratamiento ingrato y entonces somos vencidos por el mundo, pero Él se apegó a Su gran objetivo: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar”; y muere con esta oración en Sus labios: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Sin la más mínima amargura, bendito Salvador, Tú eres al final tan tierno como al principio. Hemos visto espíritus buenos, llenos de generosidad, que han tenido que tratar con una generación maligna y perversa y que por fin se han vuelto duros y fríos. Nerón, que llora cuando firma la primera sentencia de muerte de un criminal, al final llega a atragantarse con la sangre de sus súbditos. Así se marchitan las dulces flores en una nociva corrupción. En cuanto a Ti, precioso Salvador, Tú estás siempre fragante de amor. Ninguna mancha hay en Tu hermoso carácter, aunque atraveses por un camino cenagoso. Tú eres tan amable para con los hombres en Tu partida como lo fuiste en Tu venida, pues Tú has vencido al mundo.

Sólo puedo decir en el siguiente punto que *Cristo venció al mundo por Su muerte* porque, por un asombroso acto de abnegación, el Hijo de Dios le dio un golpe mortal al principio del egoísmo, que es la propia alma y la sangre vital del mundo. Allí, también, al redimir al hombre caído rescató al hombre del poder que el mundo ejerce sobre él, pues enseñó a los hombres que son redimidos que ya no se pertenecen sino que fueron comprados por precio, y así la redención se convirtió en la nota de libertad de la esclavitud del amor egoísta, y el martillo que rompe los grilletes del mundo y sus concupiscencias.

Al reconciliar a los hombres con Dios por medio de Su grandiosa expiación, también les ha quitado la desesperación que los hubiera mantenido sumidos en el pecado y que los hacía esclavos voluntarios del mundo. Ahora son perdonados, y, siendo justificados, son hechos amigos de Dios, y siendo los amigos de Dios se convierten en

enemigos de los enemigos de Dios, y son separados del mundo, y así el mundo es vencido por la muerte de Cristo.

Pero principalmente ha vencido *por Su resurrección y Su reino*, pues cuando resucitó hirió la cabeza de la serpiente, y esa serpiente es el príncipe de este mundo y tiene dominio sobre él. Cristo ha vencido al príncipe del mundo y lo ha encadenado, y ahora Cristo ha asumido la soberanía sobre todas las cosas de aquí abajo. Dios ha puesto todas las cosas bajo Sus pies. En Su cinturón están las llaves de la providencia. Él gobierna en medio de la multitud y en las cámaras del concilio de los reyes. Así como José gobernó Egipto para el bien de Israel, así Jehová Jesús gobierna todas las cosas para bien de Su pueblo. Ahora el mundo no puede avanzar en la persecución de Su pueblo más allá de donde Él se lo permita. Ningún mártir puede arder, ningún confesor puede ser encarcelado sin el permiso de Jesucristo quien es el Señor de todo; 'el principado sobre su hombro' y Su reino gobierna sobre todo. Hermanos, es un gran gozo para nosotros pensar en el poder reinante de Cristo que ha vencido al mundo.

Está aún este otro pensamiento: que Él ha vencido al mundo *por el don del Espíritu Santo*. Ese don fue prácticamente la conquista del mundo. Jesús ha establecido un reino rival ahora: un reino de amor y justicia; el mundo ya siente su poder por el Espíritu. Yo no creo que haya un lóbrego lugar en el centro de África que no haya sido mejorado hasta cierto punto por la influencia del cristianismo; aun el desierto se regocija y está alegre por Él. Ningún poder bárbaro se atreve a hacer lo que hizo una vez, o si lo hiciera, se alzaría tal clamor contra su crueldad que muy pronto tendría que decir (*peccavi*) (*pequé*), y confesar sus faltas. En este momento la piedra que fue cortada, no con mano, ha comenzado a golpear al antiguo Dagón y está cortando su cabeza y las dos palmas de sus manos y aun su propio tronco será hecho pedazos. No hay ningún poder en este mundo tan vital y tan potente como el poder de Cristo en este día. No digo nada ahora acerca de cosas celestiales y espirituales, sino que hablo únicamente de influencias temporales y morales, y aun en eso la cruz va al frente. Aquel de quien Voltaire dijo que vivía en el ocaso de su día, va de poder en poder. Es cierto que era el ocaso, pero era el ocaso de la mañana y viene el pleno mediodía. Cada año el nombre de Jesús trae más luz a este pobre mundo; cada año se apresura el tiempo cuando la cruz, que es el Faro de la humanidad, el faro del mundo en medio de la tormenta, brille más y más esplendente sobre aguas turbulentas hasta que venga la grandiosa calma. Esta palabra se volverá más y más universalmente

cierta, “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”. Así Él ha vencido al mundo.

III. Ahora, por último, ¿QUÉ ESTÍMULO HAY AQUÍ PARA NOSOTROS? Vamos, primero éste, que si el hombre Cristo Jesús ha vencido al mundo en su mayor maldad, los que están en Él vencerán también al mundo por medio del mismo poder que moró en Él. Él ha infundido Su vida en Su pueblo, Él ha dado Su Espíritu para que more en ellos, y serán más que vencedores. Él venció al mundo cuando lo atacó en la peor forma posible, pues Él era más pobre que cualquiera de ustedes, estaba más enfermo y más afligido que cualquiera de ustedes, era más despreciado y perseguido que cualquiera de ustedes, y estuvo privado de ciertas consolaciones divinas que Dios ha prometido que nunca quitará a Su santos, y sin embargo, con todas las posibles desventajas, Cristo venció al mundo: por tanto tengan la seguridad de que nosotros también venceremos por Su fuerza.

Además, Él venció al mundo cuando nadie más lo había vencido. Era como si fuera un leoncillo que nunca había sido derrotado en la lucha: rugía contra Él desde la maleza y saltó sobre Él en la plenitud de su fuerza. Ahora si éste mayor que Sansón desgarró a ese leoncillo como si fuese un cabrito y lo derribó como algo derrotado, pueden estar seguros de que ahora que es un león viejo, gris y cubierto de heridas propinadas por Él desde la antigüedad, nosotros, teniendo la vida y el poder del Señor, lo venceremos también. ¡Bendito sea Su nombre! Cuán grande estímulo hay en Su victoria. Es como si nos dijera: “Yo he vencido al mundo, y ustedes, en quienes habito, que están vestidos con mi espíritu, tienen que vencerlo también”.

Pero por otra parte, a continuación recuerden que Él venció al mundo como nuestra Cabeza y representante, y puede decirse verdaderamente que si los miembros no vencen, entonces la cabeza no ha ganado perfectamente la victoria. Si fuera posible que los miembros fueran derrotados, vamos entonces, la propia cabeza no podría reclamar una victoria completa puesto que es una con los miembros. Entonces Jesucristo, Cabeza y representante de nuestro pacto, en cuyos lomos yacía toda la simiente espiritual, venció al mundo por nosotros y nosotros vencimos al mundo en Él. Él es nuestro Adán, y lo que Él hizo fue hecho realmente para nosotros y realizado virtualmente por nosotros. Tengan valor entonces, pues ustedes han de vencer; tiene que sucederles a ustedes lo mismo que a su cabeza: donde está la cabeza están los miembros, y como está la

cabeza así tienen que estar los miembros: por tanto, tengan la seguridad de la rama de palma y de la corona.

Y ahora, hermanos, yo les pregunto si no han descubierto que así es. ¿No es cierto en este momento que ustedes han vencido al mundo? ¿Gobierna el yo en ustedes? ¿Están trabajando para adquirir riquezas para su propio engrandecimiento? ¿Están viviendo para ganar honor y fama entre los hombres? ¿Tienen miedo del enojo de los hombres? ¿Son esclavos de la opinión popular? ¿Hacen cosas porque es una costumbre hacerlas? ¿Son esclavos de la moda? Si lo fueran, no saben nada acerca de esta victoria. Pero si son verdaderos cristianos yo sé lo que pueden decir: “Señor, yo soy tu siervo, tu has desatado mis ataduras; a partir de ahora el mundo no tiene ningún dominio sobre mí; y aunque me tienta, me atemorice y me adule, aun así voy a superarlo por el poder de Tu Espíritu, pues el amor de Cristo me constriñe, y no vivo para mí ni para las cosas que se ven, sino para Cristo y para las cosas invisibles”. Si fuera así, ¿quién ha hecho esto para ustedes? Quién sino Cristo el Vencedor que es formado en ustedes, la esperanza de gloria: por tanto, tengan confianza pues han vencido al mundo en virtud de Su permanencia en ustedes.

Entonces, hermanos, regresemos al mundo y sus tribulaciones sin miedo. Sus aflicciones no pueden hacernos daño. En el proceso obtendremos bien así como lo hace el trigo en la trilla. Salgamos a combatir al mundo, pues no puede vencernos. No ha habido todavía un hombre con la vida de Dios en su alma a quien el mundo entero haya podido subyugar; es más, el mundo entero conjuntamente con el infierno no pueden vencer al menor bebé en la familia del Señor Jesucristo. He aquí ustedes están cubiertos con el arnés de la salvación, están vestidos con la cota de malla de la omnipotencia, sus cabezas están protegidas por el casco de la expiación, y Cristo mismo, el Hijo de Dios, es su Adalid. Den su grito de combate con valor, no teman, pues es mayor el que está con ustedes que todos los que están en su contra. Se dice de los santos glorificados: “Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero”; “y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”; por tanto, estén firmes, hasta el fin, pues serán más que vencedores por medio de Aquel que los ha amado. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Juan 16: 1-33.

Traductor: Allan Román
24/Junio/2013
www.spurgeon.com.mx